



Jacinto Salas y Quiroga

Claudia

Drama en tres actos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Jacinto Salas y Quiroga

Claudia

Drama en tres actos

La mayor parte de las producciones del ingenio son puros enigmas, y sólo si el lector llega a explicárselos conoce el verdadero valor de una obra. La época de creación, el lugar, la educación, costumbres, edad y carácter del poeta son circunstancias tan esenciales, que componen muy a menudo el principal mérito de una composición literaria. Así es que por lo regular los amigos del escritor son los únicos que comprenden sus escritos.

El drama que va a juzgar el lector fue escrito primero en prosa, y se representó en el teatro de Lima en 1831. La gloria, personificada en una interesante actriz de aquella capital, fue quien me inspiró esta composición dramática, que es la primera que salió de mi pluma. Tenía yo apenas diez y ocho años, y acababa de salir, de un colegio de Francia mi imaginación estaba exaltada, pero con esa exaltación que puede dar la lectura de Boileau, compasada, fría y monótona. Cayó en mis manos Childe Harold, las demás obras de Lord Byron, las Meditaciones de Lamartine, y las Orientales de Victor Hugo, y un nuevo mundo se ofreció a mi vista.

Cuando no estaba todavía concluida esta revolución que en mí se hacía, escribí CLAUDIA, y por eso el primer acto parece de una escuela, y los dos últimos de otra. Confieso que el plan de la obra adolece de los defectos que da la inexperiencia; de la concepción de los caracteres nada me atrevo a decir. Sólo temo que Belton no sea comprendido por su originalidad.

Conozco una comedia inglesa con el mismo título que mi drama, otra francesa de Pigault Lebrun, y una ópera italiana de no sé qué autor, pero ninguna se parece a mi obra sino en el título.

Si el lector reflexiona sobre lo que acabo de confesarle ingenuamente, tal vez lea mi obra con indulgencia... ¡Ojalá me fuera permitido esperar algo más!

PERSONAJES:

CLAUDIA.
AMBROSIO.
CONDESA.

BELTON.
BENJAMÍN, niño.

Acto primero

El teatro representa un jardín con paredes a los lados. A la izquierda del espectador una puerta practicable que da al camino. En el foro la casa de la CONDESA.

Escena I

CLAUDIA, vestida de hombre al uso de Saboya, con BENJAMÍN por la mano; un saquito al hombro que sirve de almohada al niño. CLAUDIA se pasea, y contempla a su hijo que duerme sobre el césped.

CLAUDIA
Duerme, niño infeliz, mientras gimiendo

da un recuerdo tu madre a sus pesares;

duerme, y deja llorar a la infelice

que sin crimen no pudo ser tu madre.

Inocente cual tú fui largos años,
5

guárdate como yo de ser culpable;

que el crimen es lo mismo que la brasa,

lo mismo que el carbón inapagable,

que ennegrece y consume cuanto encuentra.

¡Si pudiera esto al menos acabarse!
10

Mas la brasa devora tus entrañas,

y la mancha horrorosa que allí estampe

jamás se borrará; jamás muchacho;

jamás, hijo del crimen de tu padre.

¡De tu padre!... Quien te engendró fue un monstruo,
15

un monstruo... como yo; no, más culpable,

más criminal aún, porque yo al menos

sé gemir, sé llorar, y sé ser madre;

mas él... si es hombre ¿qué ha de ser?... Un tigre,

un tigre como todos los mortales,
20

sin honor, sin virtud, sin inocencia,

perjuro al mismo pie de los altares,

obsceno con la casta, y asesino

a la faz del cordero que le lame.

Así son todos, todos son malvados,
25

todos sacian su sed con nuestra sangre;

todos miran los lloros de la virgen

como el señor su feudo; y a los males

del candoroso pecho de la joven

sonríen y se alejan los cobardes.
30

Sin la maldad aun fuera yo dichosa.

Un hombre... ¿Mas mis quejas de qué valen?

¿Quién sus lágrimas mezcla con las mías?

¡Ah! Todo en torno a mí desierto yace,

y si grito, si lloro, si suspiro,
35

no hallaré, no hallaré quien me acompañe.

Un día de mi madre en el regazo

vivía sin llorar. ¡Ah! ¡Cuán distante

estaba de pensar en mi infortunio!

Orgullosa era entonces. ¡Vano alarde!
40

Todavía el reloj de nuestra aldea,

al repetir las horas en el valle,

no me daba recuerdos de amargura.

¡Maldición! ¿Quién dijera que más tarde

con su voz sepulcral el negro crimen,
45

al son de esa campana, me acordase

que hoy hace tantas horas, tantos días

que olvidé las lecciones de mis padres?

Y sola en todo el mundo, sin amigos,

sin apoyo, sin nadie que me ampare,
50

en la casa paterna aborrecida,

¿para qué vivo yo?... Para acordarme

que he sido criminal... ¡Ah! Si ese niño

mi apoyo maternal no reclamase,

mi cuerpo, golpeado en los peñascos,
50

ya el alimento fuera de las aves;

que el sendero encubierto de la vida

para el feliz tan solo es agradable,

sólo para quien ama y es amado.

Si grito yo ¿quién me responde?... Nadie.
55

¿Y quién seca mi llanto cuando lloro?

Nadie. Y cuando mi hijo tiene hambre

¿quién le da de comer?... Quien me desprecia,

y a su llanto no más deja ablandarse.

Mas todo lo sufriera con paciencia
60

si una idea tan solo me dejase:

ese hombre a quien debo mi infortunio,

ese mortal que he visto un solo instante

para mi perdición, acá en mi pecho

ha dejado grabado su semblante,
65

y a veces, al delirio avasallada,

me imagino no pudo aun olvidarme;

me figuro que me ama, que me adora,

que suspira... Entre tanto... ¡Dios! ¿Quién sabe?

Entre tanto que vive en otros brazos...

70

Olvidando el amor que osó jurarme...

Mientras llora por otra... ¡Triste idea

que desechar del alma quiero en balde!

Escena II

AMBROSIO, CLAUDIA.

AMBROSIO
(Saliendo con azadón, etc.)

Al trabajo, buen Ambrosio;

ánimo, que no hay remedio,
75

y es preciso acomodarse

a lo que nos pide el tiempo.

Lo demás todo es locura,

y sólo propio de necios;

nada con rabiarse alcanza,
80

con que así vamos viviendo.

(Adelantándose.)

¿Quién será ese jovencito?

CLAUDIA
Señor...

AMBROSIO
Amigo, con tiento.

¡Señor, yo!... No te chances,

soy un pobre jardinero.
90

Pero vamos, ¿qué se ofrece?

CLAUDIA
Aquí vive, según creo,

la Condesa de Dernetti:

mi buen amigo, ¿no es esto?

AMBROSIO

Aquí vive, no te engañas;

95

¿quieres verla?... Muy mal tiempo

has escogido, amiguito;

mas espérate un momento,

ya no tarda en estar lista.

CLAUDIA

No señor, no: yo no quiero

100

hablar con esa señora,

tan solo saber deseo

si el tío Ambrosio, hortelano

de esta casa en otro tiempo,

se halla en ella todavía;
105

usted podría saberlo.

AMBROSIO
Sí, amiguito, el tío Ambrosio

tiene aquí sus pobres huesos,

y echando a la espalda penas,

aquí vive muy contento;
110

si quieres hablar con él

no tienes que andar muy lejos.

CLAUDIA
¿En dónde está?

AMBROSIO
Aquí contigo.

Pero, diantres, no comprendo

lo que tú puedes quererme:
115

dímelo pronto.

CLAUDIA
Es que tengo

una carta que entregarle.

AMBROSIO
¡Una carta!... ¡Ah! Ya entiendo:

Será sin duda ninguna

para dar a un caballero.
120

CLAUDIA
No señor, es para usted.

AMBROSIO
¿Para mí? ¡Qué! No lo creo,

los pobres no tienen cartas.

Amiguito, el universo

es el país de los ricos,
125

los pobres nos escondemos;

estamos en casa ajena,

y no chistamos de miedo.

¿Quién acordarse podría

de un infeliz jardinero?

130

Pero dime, y esa carta...

¡Hombre!... Podría ser cierto...

Vamos, dámela.

CLAUDIA

Señor... (Dándole la carta.)

AMBROSIO

¿Por qué tiembles?... Di... ¿qué es esto?

CLAUDIA

Señor, es una costumbre

135

que tengo cuando me acerco

a un hombre desconocido.

AMBROSIO

Mala costumbre... Yo puedo

asegurarte, querido,

que si no la pierdes presto
140

tendrás bastantes disgustos;

no hay cosa peor que el miedo;

serenidad y firmeza,

ese es el mejor remedio

para hacer suerte en el mundo.
145

Perdóname si me atrevo

a darte este consejito;

lo hago porque te creo

recién llegado a Turín.

CLAUDIA

Así es: hoy mismo llego.

150

AMBROSIO

¡Hoy! Hombre, ¿de dónde eres?

¿Cómo se llama tu pueblo?

CLAUDIA

Chamuní.

AMBROSIO

¿Qué diablos dices?

Yo soy de allá, y aún me acuerdo

de mi ahijada, de mi primo,
155

mis dos hijas y mi nieto.

Dime, a ver ¿cómo te llamas?

CLAUDIA
Yo Claudio por nombre tengo,

y soy hijo de Simón,

el de la calle del medio.
160

AMBROSIO
¡Del tío Simón! Pues hombre,

me hablas ni más ni menos

de un compadre, y de pariente

a quien en el alma quiero.

A propósito, sobrino,
165

(pues, según veo, ya puedo

dartte este nombre tan grato)

estoy con un gran deseo

de saber cuál es la suerte

de mi ahijada; ¿está en el pueblo?
170

¿Vive aún? ¿Está contenta?

¿Se casó? Di, ¿qué se ha hecho?

CLAUDIA

Señor, lea usted esta carta,

Claudia en mis manos la ha puesto.

AMBROSIO

¿Quién? ¿Claudia? Pues no esperaba

175

tal carta, te lo confieso.

Dámela, puede que sea...

Mi Claudia, Dios te dé el cielo.

No te enternezcas, querido:

dime, ese niño que veo

180

dormido sobre la yerba

¿es tu hermanito? ¿No es cierto?

CLAUDIA

Sí señor.

AMBROSIO

¿Por qué tan joven

le sacaste de tu pueblo

a pasar quizá trabajos?

185

Debe serte muy molesto.

CLAUDIA

No señor, en mis viajes

es un dulce compañero.

AMBROSIO

(Abre la carta y lee.)

«Tío y padrino, una falta

he cometido»... ¿Qué es esto?
190

Sigamos... «que cruelmente

ha expiado ya mi pecho».

Esto es cosa muy distinta.

Bien decía yo... ¡Qué miedo!

«Arrojada por mi padre...»
195

¡Ay mi Dios! Eso es muy serio.

CLAUDIA
Por Dios compasión, la pobre...

Tío, siga usted leyendo.

AMBROSIO
«A pesar de mi inocencia,

no hay nadie en el universo
200

que compadezca mi suerte.

¡Ay tío! ¡Cuánto padezco

de verme tan maltratada

por un padre que respeto!

¡Ay! Si usted fuese testigo
205

de mi angustia y mis tormentos,

usted, tío, me daría

en mis pesares consuelo.

Este papel va bañado

con las lágrimas que vierto.
210

¡Puedan mis males, padrino,

inspirar a usted el deseo

de aliviar a una infelice!

Si amparo en usted no encuentro,

sólo la muerte ya puede
215

ser de mis penas remedio.

Su ahijada y sobrina Claudia.»

Esto es muy lindo y muy bueno,

pero, antes de enterecerme,

quiero me digas qué cuento
220

es eso de penas, de males...

Vamos, tú debes saberlo.

Cuéntamelo, a ver si es justo

que sienta su desconsuelo.

CLAUDIA
¡Ay mi tío! ¡Cuántas veces
225

pende de un solo momento

nuestra suerte buena o mala!

Un triste acaso, un suceso

muy a menudo acibara

de nuestros días el resto.
230

Claudia, la mísera Claudia

de esta verdad es ejemplo.

AMBROSIO
Déjate de inútil prosa,

y vamos al caso presto.

CLAUDIA
Feliz la triste vivía
235

bajo del rústico techo

de la cabaña paterna.

De sus padres embeleso,

todo su gusto cifraba

en verlos siempre contentos;
240

la pobre no conocía

más dicha que complacerlos:

una tarde que en el prado

cuidando de sus corderos,

cual de costumbre se hallaba,
245

atormentada del sueño

se recostó bajo un árbol

donde corría algún fresco:

mientras pacía el rebaño

la pobre estuvo durmiendo;
250

despertó sobresaltada,

y vio al punto a un extranjero

que a su lado enternecido

fijaba sus ojos tiernos

en los suyos sin malicia...
255

Él fue quien habló primero...

Por política tan solo

ella le contestó luego.

Era hermoso, y la pastora

hallaba placer en verlo.
260

Su mirar era elocuente,

y divinos sus acentos...

Habló, suplicó, lloró,

juró siempre amarla tierno;

En fin... en fin, caro tío...
265

AMBROSIO
Se olvida de sus corderos.

CLAUDIA
Y se olvida de sí misma.

AMBROSIO
¡Y su deber!

CLAUDIA
Jurar puedo

que Claudia no conocía

otro deber más severo
270

que el de estimar a sus padres

y mirarlos con respeto.

AMBROSIO
En fin, el desconocido...

CLAUDIA

¡Ay! Cuando en sí Claudia ha vuelto

ya el pérfido allí no estaba,
275

y la infeliz por consuelo

sólo su llanto tenía.

AMBROSIO

Ya, ya, cuando no hay remedio,

llorar es lo que hacer saben

las muchachas de este tiempo;
280

pero en fin, ¿cómo se llama

ese alhaja de extranjero?

CLAUDIA

Claudia sólo de él conserva...

AMBROSIO

Un chiquillo cuando menos.

CLAUDIA

Y una sortija que lleva

285

desde entonces sobre el pecho.

AMBROSIO

Pero dime, ¿la muchacha

en qué vino a parar luego?

CLAUDIA

Pronto tuvo que decir

a una hermana su secreto.

290

Fue madre, y solo el enojo,

la humillación, el desprecio

pudo obtener de su padre.

Éste irritado al momento

de su casa la arrojó,
295

por no ver más el objeto

que hizo cubrir de vergüenza

su rostro siempre sereno.

La infeliz vivió tres años

oculta en el mismo pueblo;
300

su padre lo supo, y ella,

de sus iras siempre huyendo,

toma su niño y se aleja

de este lugar tan funesto.

AMBROSIO

¡Válgate Dios! ¡Qué miserias!

305

Pero a fe mía no puedo

entender por qué es tan duro

el tío Simón. ¡Qué empeño!

Claudia hizo mal; pero es su hija...

¡Echarla! Aunque fuera perro.

310

Vaya, vaya, perdonar

es cuanto hacer sé de bueno.

¿En dónde está Claudia, amigo?

CLAUDIA

¿Puede esperar que sus yerros

serán de usted perdonados?

315

AMBROSIO

Sí, sí, que no tenga miedo.

¿Dónde está?

CLAUDIA

Tan gran delito...

AMBROSIO

Vamos, sobrino, acabemos...

¿Dónde está Claudia?

CLAUDIA

Postrada

ante un hombre sin modelo.
320

AMBROSIO

Levántate, el que debía

humillarse es el perverso

que abusó de tu inocencia;

si consolarte yo puedo

ese es todo mi deber,
325

el castigo le da el cielo,

y bastante tu conciencia

te habrá acusado en secreto.

Todo, todo perdonar

lo hace el arrepentimiento.
330

Vamos, resígnate, Claudia,

dime, hija, ¿cuáles fueron

al venir a verme a mí

tus planes y tus proyectos?

CLAUDIA
Trabajar aquí a su lado,
335

llorar a su vista, y luego

cuando vea mi pureza,

suplicarle que su anhelo

me obtenga de un padre airado

el solo bien que apetezco,
340

su perdón y su cariño.

AMBROSIO
Bien, yo tus planes apruebo.

Tú pareces muy cansada;

descansa, que trataremos

más tarde de tus negocios.
345

(Se dirige a una puertecita que abre.)

Pasa con tu niño; adentro

hallarás mi pobre cama,

y algún leve refrigerio:

yo no puedo acompañarte,

tengo que hacer, pero presto
350

volveré acá: para hablar

a bien que nos queda tiempo.

Escena III

AMBROSIO solo.

AMBROSIO

¡Válgame Dios, qué perdido

está el mundo en nuestros días!

¡Qué juventud tan malvada!
355

¡Qué costumbres! En mi vida

pensé que a tanto llegase.

Vea usted esa pobre niña,

víctima de la maldad,

de la mayor picardía
340

que imaginarse pudiera.

Inocente y sin malicia

cayó la pobre en la trampa;

eso es cosa muy sencilla.

¡Pero el bribón de extranjero!
345

¡Quién le diera una paliza

que los huesos le rompiera!

¡Qué felpa tan merecida!

En mi tiempo no señor,

por más que las gentes digan,

350

no se cometían nunca

semejantes picardías.

Yo fui muchacho también,

y he pasado buena vida.

Me gustaba enamorar,
355

y rondar a la vecina,

pero nunca, a fe de Ambrosio,

cometí una villanía.

Cuando estaba en el servicio,

por ejemplo, iba a una villa,
360

y encontraba una muchacha

de ojos negros y algo linda,

ya se ve, la sangre hierve,

y yo no me contenía;

pero al declararle tierno
365

mi amor fino y mi fe viva,

entre burlas y entre veras

a la primera visita

al momento así le hablaba:

«Yo te quiero, vida mía,
370

te adoro como jamás

puedo adorar en mi vida,

y juro no abandonarte

hasta el punto que perciba

el ruido del tambor.
375

Si te conviene, amiguita,

yo soy tu rendido amante,

no te haré mala partida,

hasta que oigamos entrambos

el tambor que nos divida.
380

Pero si no te conformas

con lo que mi amor te brinda,

Dios te guarde muchos años,

otra habrá que lo reciba.»

Esto es ser hombre de honor;
385

aquella que se rendía,

venga, una más para el saco;

mas la que no, ni engañas,

ni cosas por este estilo

de mi boca nunca oía.
390

Todo es hoy por el contrario

lo que en el mundo se mira.

Los jóvenes se enamoran,

jurán mil veces, suplican,

y por fin para ganar
395

el favor de sus queridas

prometen lo que no cumplen.

¡Qué juventud tan perdida!

Pero, pensando en lo serio,

¿qué voy a hacer de esta chica?
400

¡Si pudiera acomodarla

de doncella... Se expondría...

Mejor es que quede de hombre

con alguna señorita.

En fin, paciencia, veremos
405

lo que sale en estos días.

Escena IV

AMBROSIO, LA CONDESA.

La CONDESA sale muy alegre hablando consigo misma, y sin hacer caso de AMBROSIO, que al verla se retira como para trabajar.

CONDESA
Solo lujo y opulencia

desde hoy se verá en mi casa,

ricos coches, ricos muebles,

rica mesa, y que ya en nada
410

mi habitación se distinga

del palacio de un monarca.

Que nadie en Turín se muestre

con más lujo y elegancia

que la Condesa Dernetti.
415

Vengan nuestras lindas damas

a lucir en mi presencia;

joven, rica, celebrada,

¿hay quien en todo Turín

llevarme pueda ventaja?
420

Si hay alguna, muy en breve

juro quedará sin gana

de tenérselas conmigo;

yo soy lo mejor de Italia.

Oiga, mi querido Ambrosio,
425

usted por ahí se estaba.

AMBROSIO
Ocupado solamente

en los gustos de mi ama.

(Le da un ramillete de flores.)

Está tan rico el jardín,

que no hacen ninguna falta
430

estas flores que he cogido

con esta mano villana

para dar a la señora

que en todos nosotros manda.

CONDESA
¡Qué atención! Dios, ¡qué finura!
435

Ambrosio, te doy las gracias.

Me alegro haberte aquí hallado,

porque desde esta mañana

deseaba hablar contigo.

AMBROSIO

Señora, si sospechara
440

ese deseo, dos veces

usía no le formara.

CONDESA

Mira, Ambrosio, ha poco rato

que observé de mi ventana

que hablabas a un jovencito
445

de presencia muy gallarda.

¿Se puede saber quién es?

AMBROSIO

Sí señora... es cosa rara

que un muchacho lugareño,

que de llegar solo acaba,
450

merecido haya de usía

las tan costosas miradas.

Es mi sobrino, señora,

que ha llegado esta mañana;

y que, hablando sin rodeos,
455

me tiene con pena.

CONDESA

Vaya

que eres un gran simplón.

¿Qué es lo que tienes?

AMBROSIO

No es nada

para usía, mi señora,

pero para mí ¡caramba!

460

CONDESA

Aguardando estoy que empieces

a decirme tus desgracias.

AMBROSIO

Para no molestar mucho

las contaré en dos palabras:

soy pobre, y no sé qué hacer
465

del muchacho.

CONDESA
¡Qué cachaza!

¿No lo digo? Cosas tuyas.

¿No tengo yo, di, gran maula,

bastante para los dos?

Ya olvidaste mi palabra.
470

(AMBROSIO va a hablar, la CONDESA se lo impide.)

Vete al punto, y di a Florencio

que tu sobrino es de casa,

que le dé pronto librea,

y que su ama se lo encarga.

AMBROSIO

Señora, tan gran favor...

475

CONDESA

Haz lo que te digo, y calla.

Escena V

CONDESA sola.

CONDESA

Esto todo entra en mis planes;

hacer bien cuanto se pueda,

que no vengan a decir

que el fausto todo lo lleva,
480

y que jamás por un pobre

hizo nada la Condesa.

A mas que el muchacho es lindo,

y hallará quien le proteja

a millares, y la gloria
485

me quitara una cualquiera;

y sobre todos podría...

¡Calle!... ¡Qué famosa idea!

¡Obsequiárselo a mi Belton!

Estoy loca de contenta
490

en pensar cuanto mi amigo

me estimará esta fineza:

Belton mío, tu cariño

es cuanto mi pecho anhela.

Escena VI

BELTON, LA CONDESA.

BELTON
Mucho me engaño, señora,
495

o hace poco han pronunciado

mi nombre en este jardín.

CONDESA
Sí, Belton, estaba hablando

precisamente de usted.

BELTON
(Después de mirar a todas partes y no ver a nadie.)

Eso me parece raro:
500

¡Hablar de mí tan solita!

¿Con quién?

CONDESA

¡En esas estamos!

Mi corazoncito a veces

me suele dar buenos ratos.

BELTON

¿Y a él es, bella Adelina,
505

a quien debo placer tanto?

¿Él escuchaba no más,

o decía también algo?

CONDESA

¡Ay Belton! Si un poco antes

hubiera usted aquí llegado,
510

¿cuántas cosas no sabría?

BELTON
¿Y tan duro es el trabajo

que usted tomarse pudiera

empeñándose en contarle,

que me prive de la dicha
515

de oír de sus propios labios

esas cosas que yo ignoro?

CONDESA
No sea usted tan tirano,

querido Belton; después

que me ve usted en sus lazos,
520

quiere que diga su triunfo

todavía a cada paso.

BELTON
¡Mi triunfo, o cara Derneti!

Yo soy quien fui derrotado:

tú me venciste, tus gracias,
525

tu donaire, mil encantos

que estarán acá en el pecho

eternamente grabados,

son las armas que empleaste,

y contra que fuera vano
530

por más tiempo resistir.

CONDESA

¿Y nunca has dicho otro tanto,

bribón, a ninguna joven?

Y a más ¿quién sabe si acaso

será firme ese cariño,
535

de que tierno estás hablando?

BELTON

Lo juro, bella Derneti,

y aquí venía a probarlo.

¿Te acuerdas del bello día

en que ciego, enamorado,
540

latiéndome el corazón,

cubría con tierno llanto

aquel dulce o mio caro?

¡Ah! Con bondad de mi amor

la extensión participando,
545

tú me ofreciste, Adelina,

unirte a mí en tierno lazo,

y un mes sólo me pediste

para entregarme tu mano.

Ese mes que me robaste,
550

mes para mi amor tan largo,

hoy se acaba, vida mía,

y vengo a pedirte el pago

de mi constancia y ternura

que tus gracias aumentaron.
555

CONDESA

¿De mi promesa te acuerdas?

Yo la había ya olvidado;

y diciendo la verdad

No me gusta ese reclamo.

Somos tan felices, Belton,
560

nos vemos cuando gustamos,

nos queremos... ¿Qué nos falta,

para ser afortunados?

Pero yo tengo palabra,

y pues te ofrecí mi mano,
565

te la daré, y sólo quiero

me des otro corto plazo.

Solo te pido ocho días,

¿Me los das, Belton del alma?

BELTON
La vida te diera yo
570

con júbilo y arrebató,

y tu capricho, Adelina,

con dolor hoy satisfago,

pero cedo a tus deseos.

Ocho días de trabajos
575

tengo solo que pasar,

y al ser dueño del tu mano,

en planta pondré mis planes

por el amor inspirados.

CONDESA

¡Calla! ¿planes tiene usted?

580

BELTON

Y que al fin no serán vanos.

CONDESA

A ver, cuente usted por Dios.

BELTON

Lo primero, nos casamos.

CONDESA

¡Poca cosa! Eso no es nada.

BELTON

De ello mi ventura aguardo.

585

La dulce paz y el sosiego

que hasta aquí no me escucharon,

los hallaré, bella mía,

al descansar en tus brazos.

De la escena fastidiosa,
590

sin variedad, sin encantos,

que la ciudad nos ofrece,

nos marcharemos al campo.

Ya me parece que veo

las campiñas, los collados,
595

y los bosques misteriosos

que a visitar vamos ambos.

¡Ah! ¡Qué días nos esperan!

En el cálido verano

apenas mil pajarillos
600

nos despierten con su canto,

dejando el mullido lecho,

juntos un himno entonando

al divino amor, corremos

a meternos en un baño;
605

y al salir frescos, alegres,

a la sombra de algún árbol

un almuerzo no muy fino,

pero al estómago grato,

viene a reparar las fuerzas
610

que el agua ha debilitado.

CONDESA
Bravísimo, amigo, ¿y luego?

BELTON
Luego corriendo, brincando,

vamos a ver trabajar

al labrador que, al mirarnos,
615

viene lleno de respeto

a bendecir a sus amos.

Tú harás a todos felices,

y su amor será tu pago.

Todo lo recorreremos;
620

y cuando empiece el cansancio

a doblar nuestras rodillas,

a la sombra recostados

hallaremos el reposo.

CONDESA
¿Y después?

BELTON
Después, de un salto
625

a mi biblioteca subo,

y una de las obras bajo

que inspiran el dulce amor,

y que dicen con encanto,

lo que nuestros pechos saben
630

más que el que las ha dictado.

Tibulo, Ovidio, el Petrarca,

que se han alabado tanto

de ser tan finos amantes,

nos tendrán que dar el paso.
635

Pero sus dulces escritos

son para nosotros gratos,

y nos llenan de deleite,

porque en ellos encontramos

de nuestro amor y ternura
640

el imperfecto retrato.

Al pie de un hermoso arroyo

sobre el césped nos sentamos;

tú recuestas tu cabeza

con placer sobre mi brazo,
645

y en esta dulce postura

un libro abrimos. ¡Qué ratos,

qué instantes tan agradables!

Al hallar un bello rasgo

que pinte bien nuestro amor,
650

humedece el tierno llanto

nuestras mejillas. «Ovidio,

(juntos exclamamos ambos)

nuestro amor adivinaste;

esta pintura, este cuadro
655

solo a nosotros conviene».

Luego al Petrarca tomamos,

y al ver de su cara Laura

como llora el fin temprano,

y no la sigue al sepulcro,
660

yo te digo arrebatado:

«Tierna Adelina, la muerte

nos llevará un día a entrambos,

pero juntos moriremos...

Sí, yo moriré en tus brazos,
665

tú morirás en los míos».

CONDESA
Es preciso confesarlo,

esos ratos son divinos,

¿pero y luego?

BELTON

Luego el baño,

los placeres inocentes,
670

no dejan un intervalo

en que el fastidio nos canse.

Ya con la cala en la mano

a la orilla del estanque

la confianza burlamos
675

de mil peces; ya en los bosques

de las aves que al reclamo

vienen sin tardar, gozosos

fin ponemos a sus años;

ya el baile de las pastoras,
680

ya el dibujo, ya el piano...

¿Qué sé yo? Mil embelesos

que vendrán a cada paso

a encantar nuestros instantes.

CONDESA
¿Y después?

BELTON
El negro manto
685

de la misteriosa noche

nos cubre, cuando en tus brazos...

CONDESA

Bueno, y al día siguiente

dime ¿en qué nos ocupamos?

BELTON

Al día siguiente el sol

690

vuelve a alumbrar con sus rayos

la escena en que nuestros pechos

viven, solo deseando

que estos días tan hermosos

no tengan fin.

CONDESA

Bravo, bravo,
695

tu plan, Belton, es divino,

encantador; me ha llenado

el corazón de deleite,

pero tengo un gran reparo

que ponerle, no te enfades.
700

BELTON

¿Un reparo?... ¡Cuál!... Veamos;

no acierto cual pueda ser.

¿Cuál es?

CONDESA

Que ese plan tan grato

no tiene pies ni cabeza.

BELTON

Condesa... ¿En esas estamos?

705

CONDESA

Belton, ¿alguna novela

te ha dado ese amor al campo?

En verdad que no creyera

te sedujese ese cuadro,

de lejos muy seductor,

710

pero de cerca pesado.

En un libro es muy hermoso

ese placer y descanso,

los árboles, los arroyos

que se encuentran en el campo;
715

pero, amigo, en realidad,

no te canses, todo es falso.

Supongo por un momento

que tu plan ejecutamos;

el primer día es divino,
720

en todo hallamos halagos;

el segundo todavía

nos ofrece buenos ratos,

pero al tercero cual humo

desaparece ese encanto.
725

Nada nuevo que decirse:

Yo te quiero, yo te amo...

Siempre la misma canción.

La saciedad, el cansancio

serán nuestros compañeros,
730

y de huéspedes tan malos

es necesario guardarse.

La ciudad es el teatro

en que todo nos divierte;

si algo llega a fastidianos
735

lo dejamos; mil placeres

nos buscan a cada paso;

allí no hay monotonía,

y en los deleites variados

consiste, amigo, el placer.
740

Algún día de verano

al campo podemos ir;

pero no como ermitaños

a sepultarnos en vida;

no, que jóvenes gallardos,
745

señoritas seductoras

vendrán siempre a acompañarnos.

Y cuando tiernos requiebros

me dirija algún muchacho,

yo me río, le hago burla,
750

y con delicia te llamo;

te cuento mis aventuras,

y nos reímos entrambos.

Tú cuando mil señoritas

ya te miren al soslayo,
755

ya digan con disimulo,

que eres mucho de su agrado,

les dices que las adoras,

sin por eso hacerles caso.

Los dos de sus suspiritos,
760

de sus señas nos burlamos.

Así siempre los deleites

vivirán a nuestro lado.

Comidas, refrescos, bailes,

ya paseos a caballo,
765

ya la pesca, ya la caza,

la música, el juego, el canto,

todo vendrá a disputarse

nuestros días, nuestros años.

Este es el plan, caro Belton,
770

que a mí el amor me ha inspirado:

y es preciso que lo apruebes.

BELTON
¡Y podría no aprobarlo!

Tú lo has dicho, eso me basta;

no, nada pueden tus labios
775

pronunciar que no me agrade.

Renuncio, Adelina, al campo

y a mi plan.

CONDESA

Así me gustan

los maridos, todo es malo

si su mujer no lo aprueba.
780

Si quieres ser adorado

sé siempre dócil; no hay modo

mejor de vivir reinando.

Hoy para recompensarte

te voy a hacer un regalo.
785

(Llama.)

Ambrosio...

AMBROSIO

Señora...

CONDESA

Al punto

que venga el recién llegado.

BELTON

¿Qué es esto, Adelina mía?

CONDESA

Es un hermoso muchacho,

sobrino del tío Ambrosio,
790

que confío a tu cuidado.

BELTON

Justamente, hace unos días

que uno andaba yo buscando.

¿Es joven? ¿Buena presencia?

CONDESA

Tú mismo vas a juzgarlo.

795

Escena VII

LOS MISMOS. AMBROSIO. CLAUDIA. EL NIÑO.

CONDESA

(A CLAUDIA.)

Amiguito, el señor Belton

quiere tener a su lado

un joven ni más ni menos

como usted, de pocos años,

y de mérito. Me ha dicho
800

que a usted toma sin reparo.

AMBROSIO
(Con precipitación.)

¡El señor Belton! Señora,

no es posible, ni pensarlo.

Mi sobrino tiene faltas

muy grandes para tal amo.
805

No sabe hacer nada, es torpe,

no está aún acostumbrado

a servir. No, no conviene

que ese señor se haga cargo

de mi sobrino.

(Bajo a CLAUDIA.)

810 No admitas

a un libertino por amo.

BELTON
Pues ¡esto sí que es gracioso!

(A AMBROSIO.)

Por nada tengas cuidado,

yo me encargo dél.

AMBROSIO

Y a más

trae, consigo a su hermano,
815

a ese niño que a usted

serviría de embarazo.

BELTON

Yo soy amigo de niños;

si se conforma el muchacho

no te apures, no.

CLAUDIA

Señor,

820

siento en el alma... Mis años...

(Repara su cara.) (Le reconoce.)

Siento que... que... Jesús mío.

(Se desmaya.)

CONDESA

¡Dios! ¿qué es lo que le habrá dado?

(Mientras CLAUDIA está desmayada, el NIÑO da señales de mucho enternecimiento; luego que su madre habla a BELTON, la CONDESA que lo sostenía se queda acariciando al NIÑO.)

CLAUDIA

(Después de un rato, con mucha viveza.)

Siento no poder mostrar

de qué gozo me ha llenado
825

esta bondad de admitirme

a servir a usted, a cuidarlo;

mi amor, mi agradecimiento,

mis respetos, mis conatos,

todo suplirá las faltas
830

de un infeliz aldeano.

Por premio de mis desvelos

sólo quiero un dulce trato,

el aprecio nada más,

el aprecio de mi amo.
835

CONDESA
Belton, vea usted ese niño,

usted que ama los muchachos.

¡Qué bonito! ¡Qué gracioso!

Dele usted un beso.

BELTON
¡Qué agrado!

(Le da un beso.)

¡Feliz tu madre, angelito!
840

CLAUDIA
(Aparte.)

Hasta el alma me ha llegado

este beso... ¡Si él supiera!

BELTON
(A CLAUDIA.)

¿Cómo se llama tu hermano?

CLAUDIA
Benjamín señor...

BELTON
Buen nombre.

Mira desde hoy, me encargo
845

dél para siempre.

CONDESA
Mi Belton,

vamos arriba a equiparlo.

Protejámosle a porfía,

merece nuestro agasajo.

BELTON

Vamos, Adelina mía,
850

yo lo llevaré en mis brazos.

Escena VIII

AMBROSIO, CLAUDIA.

AMBROSIO

¿Qué es esto, Claudia? Ese Belton

es un hombre pervertido,

sin costumbres, y en Turín

no hay otro más libertino.
855

Teme que por un acaso

descubra tu sexo; es vivo,

y mil redes te pondrá

en que caerás sin sentirlo.

CLAUDIA
Nada tengo que temer.
860

Él es... Él es... ¡Oh mi tío!

Él es...

AMBROSIO
Acaba...

CLAUDIA
Es el padre

de mi desgraciado hijo.

AMBROSIO
¿Qué me dices, infeliz?

Ese es un nuevo motivo
865

para evitar su presencia;

te venderá tu cariño,

y el oprobio será el pago

de tu amor. Huye te he dicho.

CLAUDIA

No puedo, no, es imposible;

870

ese hombre que no he visto

más que un momento, ese hombre

que mi perdición ha sido,

mi corazón avasalla;

no puedo, no puedo huirlo.

875

Una voz que acá mi pecho

reanimó cuando abatido

sólo buscaba la muerte;

una voz, cuyo sonido

me acompaña sin cesar,
880

me lo anunció, mi padrino;

me anunció que le vería,

que de mi afecto testigo,

que al ver mi dolor, mis penas,

me daría su cariño.
885

Por Dios, respetable anciano,

concédame usted este alivio,

que viva a su lado.

AMBROSIO

Pronto

el vil que te ha seducido

te hará perder la virtud.
890

CLAUDIA

No, no, jamás; si el cariño

que me ofrece en mis tormentos

es de la virtud indigno,

lo juro al cielo y a usted;

antes a sus pies expiro
895

que ceder: a sus deseos.

AMBROSIO

¡Infeliz! Eres muy niña

para conocer cuán poco

nuestras promesas cumplimos.

El amor nada respeta,

900

nada; la virtud y el vicio

la pasión todo lo iguala.

A veces con un suspiro

se vence la virtud misma.

Claudia, no me hagas testigo

905

de tu deshonor. Escucha,

¡Huye infeliz!

CLAUDIA

Y mi hijo

Benjamín, ese inocente,

¿qué crimen ha cometido

para que lo arranque a un padre
910

que hemos encontrado hoy mismo.

(Como fuera de sí.)

No, no quiero escuchar nada,

no quiero de nadie auxilio.

Lejos de Turín muriera

de dolor, y si es preciso
915

moriré aquí; pero al menos

bendeciré a mi asesino,

besaré sus pies, y entonces

saldrá mi postrer suspiro...

Nadie me hable, estoy resuelta,
920

quiero salvar a mi hijo,

quiero que viva.

AMBROSIO

A Dios, Claudia.

CLAUDIA

Y usted me deja, ¡oh. mi tío!

Me abandona usted ¡oh cielos!

Mi padre, ¿qué es lo que he dicho?
925

¿Qué nuevo crimen, señor,

qué delito he cometido?

Perdóneme usted, perdone...

Solo ha sido un desvarío...

Guíe usted mi incierto paso...
930

¿Qué debo hacer? Mi delirio

va a perderme sin su apoyo;

deme usted su dulce auxilio.

¿Qué fueras sin la amistad,

amor no correspondido?
935

Acto segundo

Continúa la decoración del primer acto. Es de noche y hace luna. BELTON aparece sentado en un banco de piedra. Algo separado de él está CLAUDIA vestida de lacayo con la librea de BELTON.

Escena I

BELTON, CLAUDIA.

BELTON

Ven, Claudio, ven; ven a llorar conmigo,

y a llorar de placer, como el muchacho

que al cumplir el castigo de su culpa

es de su tierna madre acariciado.

Mira, tú eres muy joven todavía:

5

¿Qué edad tienes?

CLAUDIA

Apenas veinte años.

BELTON

¡Bella edad!

CLAUDIA

Sí, para sufrir, ¿no es cierto?

BELTON

Para gozar del mundo los halagos,

para gozar del sueño de la vida,

para elevar la vista, mientras tanto
10

el anciano encorvado hacia la tierra

ve el suelo por sus lágrimas regado;

mientras el ambicioso en su locura

sobre el mármol se arrastra del palacio;

mientras en las entrañas de la tierra
15

compra su perdición el pobre humano,

en cambio del cajón que lleva al hombro

lleno de oro, de tierra y de gusanos.

Todo, Claudio, a tu edad es poesía;

las penas se disipan a tus años,
20

lo mismo que ese grupo de vapores

que empalaba la luna ha poco rato.

¿Qué pesar a tu edad no desaparece

a la puerta de un baile o un teatro?

¿Qué pesar vive mas de un solo día?
25

¿Qué pesar no olvidarás con el canto?

CLAUDIA

Uno solo, el pesar que hiere el alma,

el pesar del amante abandonado.

Yo quiero vivir pobre, sin amigos,

sin padre ni esperanza, sin hermanos,
30

sin nadie que me mire y se sonría;

sin sombra en los ardores del verano;

solo en el mundo, solo y sin recuerdos,

más bien que padecer de los engaños

de un ser que ha seducido el alma mía.
35

BELTON

Quien ama ¿puede ser desventurado?

Yo no sé; más si amara con violencia

a una mujer, la viera en otros brazos,

la vería mirarme con desprecio,

y yo la adoraría sin reparo.
40

¡Quién sabe! Antes de vernos, otro objeto

el pecho juvenil ha subyugado,

y la pobre mujer enternecida

desearía quizá poder amarnos:

pero ama a otro ya; di, ¿no merece
45

semejante mujer ser el sagrario

de nuestro corazón?

CLAUDIA

Y quien engaña

por saciar un deseo momentáneo,

y quien jura un amor hasta el sepulcro,

y se arma para jurar de acento falso,
50

quien no piensa cumplir cuanto ha ofrecido,

se postra, se entenece, muestra el llanto,

no del amor, de la pasión tan solo,

quien por primera vez rompe el encanto

en que cifra su dicha el pecho tierno,
55

¿qué merece, señor? ¿Habrá malvado

más digno de castigo que tal hombre?

Tal ser quise decir...

BELTON

¿Qué, tan muchacho

te hace hablar la experiencia, o solamente

tu mente concibió tan triste cuadro?
60

CLAUDIA

Yo lo he visto, señor; yo vi en mi aldea

el crimen inmoral entronizado,

y la tímida virgen indefensa

hoy objeto de amor, luego de escarnio.

Yo vi al hombre nutrido de pasiones,
65

por vencer al objeto de su agrado

mil ofertas hacer... y cuando esclava,

fuera de sí, sus penas olvidando

la crédula doncella se rendía,

y cual un dios amaba a su tirano,
70

el hombre incierto siempre en sus caprichos,

sin recurrir siquiera al dulce engaño,

desechar a quien todo lo ha perdido...

¿Por qué? Por ser sensible a un hombre ingrato.

BELTON

Tu cuadro es espantoso, solo un monstruo...
75

¿Amaste alguna vez?

CLAUDIA

Nunca fui amado.

BELTON

Pero sabes amar y enternecerte,

y pasar noche y día contemplando

la imagen celestial de una doncella,

y acercarte sin luz, con lento paso
80

al albergue que encierra a tu querida,

y hasta aspirar el aire embalsamado

que ella también aspira. -Ángel del cielo,

tú, que llaman mujer, de nuestros años

consolador divino, gloria eterna,
85

gloria a ti!... ¡Cuántas veces te he invocado,

y siempre atenta al ruego de mi pecho

un consuelo me diste en mis trabajos!

Una lágrima sola, una mirada

basta para alegrar a los humanos,
90

que al imberbe muchacho parecidos

por un juguete todo lo olvidamos.

Mira, Claudio, aún me acuerdo todavía

(hará lo más ahora cinco años)

que triste, sin consuelo por el mundo
95

buscaba el solo olvido que ya en vano

muchos años buscara en las ciudades:

y lo que hallar no pude en los palacios

lo hallé, ¿sabes en dónde? -Sobre un monte.

Un día que viajaba... (era verano)...
100

Recorría los montes de Saboya;

dominado me vi por el cansancio,

y ansioso del reposo me encamino

a la extendida sombra de un gran árbol.

Si supieras ¡oh Claudio! Apenas puedo
105

recordar sin ternura el bello cuadro

que se mostró a mi vista... Una pastora,

un ángel debió ser, que yo en la tierra

nunca tan linda imagen he encontrado.

Una pastora estaba adormecida,
110

mientras tanto pacía su rebaño;

y al ver su cabellera de azabache,

el carmín encendido de sus labios,

su cuello de marfil, y la dulzura

que al través de su rostro me fue dado
115

descubrir al momento... ¿no adivinas?

Me prosterné a sus pies, junté las manos,

mis ojos levanté ya humedecidos,

rogué... cuando mi acento apasionado

despertó a la pastora. ¡Ah qué momento!
120

Mi cariño, mis súplicas, mi llanto,

todo la enterneció, y en un instante

las penas olvidé de muchos años.

CLAUDIA
Y la pobre inocente... esa pastora

creyó que tanto amor no fuese falso,

125

que era amada tal vez...

BELTON

Pudo creerlo;

yo la adoraba ciego.

CLAUDIA

No fue largo

tanto amor y ternura. Al otro día

por otra puede ser la han olvidado.

¿En qué vino a parar esa infelice?
130

BELTON

Lo ignoro.

CLAUDIA

Se quedó bajo del árbol,

y allí se quedó, todo para el hombre,

y ella lloró tal vez. ¡Ah! No es extraño,

mil cosas parecidas en el mundo

por desgracia se ven a cada paso.

135

Solo la mujer llora... el hombre olvida.

BELTON

Yo olvidé a pesar mío, que grabado

estuvo su semblante acá en mi pecho;

por do quier encontraba su retrato.

Y amara aun su memoria, si Adelina...

140

¡Adelina celeste!... Dime, Claudio,

¿puede quien la conoce amar a otra?

CLAUDIA

¿Usted la ama, señor?

BELTON

¿Puedes dudar?

La adoro, ella es mi dios, es mi existencia,

sin verla no respiro, y a su lado
145

un no sé qué terrible me avasalla;

quiero hablarla y no puedo... alzo la mano

para tomar la suya, y la retiro

sin fuerza ni valor... ¡cómo la amo!

Es delirio... mi frente está encendida,
150

el pecho todo en brasas... de mis labios

sale temblando el nombre de Adelina:

no tengo ni un secreto acá en mi arcano

que no sepa ella ya; le he dicho todo;

hasta que amé una vez, siendo muchacho,
155

a una joven doncella saboyana.

Le he dicho hasta su nombre; y aun le he dado

el mismo bucle de oro, que la pobre

me entregó cual depósito sagrado,

prenda de amor eterno... qué ¿te pasmas?
160

¿Se puede amar con más pasión, o Claudio?

CLAUDIA
¿Quién sabe? Puede ser que la pastora

ame con más delirio a quien ingrato

la olvidó para siempre...

BELTON
Es imposible.

Si me amase tan tierno...

CLAUDIA
Fuera en vano.
165

Para su perdición quizá ha nacido;

solo la mujer vive en lo pasado.

Escena II

LOS MISMOS, CONDESA, AMBROSIO.

Mientras habla la CONDESA con BELTON, que sigue contemplando la belleza del cielo, AMBROSIO conversa con CLAUDIA. Se retira al fin, y CLAUDIA, atenta a cuanto dicen la CONDESA y BELTON, expresa por el juego de su fisonomía y acciones los diferentes sentimientos que hace nacer en ella la conversación que escucha.

CONDESA

¿No lo dije, tío Ambrosio?

Si no había otro remedio;

los hombres son todos unos;

170

no hay modo de componerlos.

(A BELTON con ironía.)

Señor Belton, es muy lindo

pasar un ratito al fresco,

¿no es verdad? Y sobre todo

cuando se habla al cocinero,
175

o al lacayo, que es lo mismo,

debe usted estar muy contento.

¿Qué falta a usted?... Un criado,

la luna, el jardín, el cielo...

BELTON

Solo me faltabas tú;
180

ven aquí... llora conmigo.

Dime el amor de tu pecho,

pregúntame si te adoro,

si alguno en el universo

es más dichoso que yo;
185

déjame ver tu cabello,

tus negros ojos... ¡Dios mío!

Ya basta, nada más quiero.

No puedo hablar, Adelina,

adivíname... ¿no es cierto
190

que serás feliz conmigo,

que me adoras?...

CONDESA

¡Pobre Belton!

Has perdido la razón.

¡Qué modo de hacer requiebros!

¿En qué salón aprendiste
195

a ser tan sensible y tierno?

¿Dónde aprendistes a amar?

BELTON

Que te lo diga mi pecho.

Yo no sé por qué te amo,

por qué tiemblo si te veo,
200

por qué la vida te diera

por un suspiro, o aun menos,

por una sola mirada.

Esto todo es un misterio.

Dime, Adelina, ¿tú sabes
205

por qué me amas?... ¿Cuánto tiempo

me amarás?...

CONDESA

Sin duda alguna.

Te amo porque te encuentro

amabilidad, dulzura;

porque eres todo completo,
210

aunque a la verdad a veces

me cansas con tus proyectos,

tus lágrimas sin motivo,

tu sencillez, y ese empeño

en huir de los salones.
215

BELTON
¡Ay Adelina! ¿Qué veo

cuando estoy en un salón?

Los hombres son muy pequeños,

muy frívolos... y ese tono,

eso que llaman buen gusto
220

los hace a todos pigmeos.

Vida mía, ¿te parece

que el que al modo de un muñeco

se inclina por amor propio,

y jura un amor eterno
225

sin saber lo que es amor,

quiere mejor y más tiempo

que el infeliz que no sabe

decir sino yo te quiero?

Ángel mío, solo el hombre
230

que vive en sí, sin anhelo,

sin, ambición, inocente,

lleno de virtud el seno

sabe amar... Pero esos fatuos

empedernidos, sin freno,
235

que frecuentan los salones,

nunca aman; o si al menos

son sensibles una vez,

¿qué dicen?... ¡Oh! No hay remedio,

esta muchacha me adora,
240

se muere por mí... un momento

será necesario amarla.

Y entonces empieza el necio

con sus voces de costumbre

a dar elogios, creyendo
245

que esto es amar. Adelina,

si los salones detesto

aquí tienes el motivo;

me gusta en todo ser serio;

los amores de salón
250

me parecen solo juego,

de la pasión más sublime

que engrandece nuestro pecho,

¿qué hacen ellos?... Una chanza,

y si me vieran tan tierno
255

amarte... ¿no se rieran?

CONDESA
Lo digo, has perdido el seso:

¡válgame Dios! No concibo

lo que quieres decir, Belton.

Tu amor en verdad es raro,
260

tú me quieres por supuesto

con ternura, no lo dudo;

mas pudiera no creerlo.

Otro me amara y pasase

en estudiar mis deseos
265

noche y día, en complacerme,

en querer lo que yo quiero...

Pero tú...

BELTON

Cara Adelina,

yo de nada de eso entiendo.

Lo que sé hacer es amar.
270

Eso es todo...

CONDESA
Lo agradezco.

Eres feliz... hace poco

pedías algo; ya veo

que nada falta a tu dicha.

BELTON
Ángel, solo te obedezco.
275

Hoy te hablé de tu promesa,

tú me impusiste silencio.

¿Qué debo hacer?

CONDESA

Contentarte.

BELTON

Así hago, estoy contento.

CONDESA

(Aparte.)

(¡Qué cachaza!... Para esposo
280

a la verdad será bueno,

es obediente...) Responde,

si esta noche te concedo

lo que tanto deseabas...

BELTON

¿Tu mano?

CONDESA

Ni más ni menos.

285

Si te la doy ¿qué dirás?

BELTON

Que eres un ángel del cielo.

Pero qué... ¿podré creerte?

CONDESA

Belton mío, ven a verlo.

Dame la mano, te esperan.

290

Entremos, Belton, entremos.

Te voy a dar una prueba

del amor que te profeso.

BELTON

¡Delante de tanta gente!

CONDESA

Delante de todos esos

295

que están llenos de amor propio,

y piensan quizá en secreto

que me gustan, que los amo:

quiero verlos por el suelo.

BELTON

¿Para qué tantos testigos,

300

di, para qué los queremos?

De la fe que nos juramos

son testigos nuestros pechos.

¿Para qué mas? Esto basta,

ten piedad de mí, no puedo
305

delante de mil personas

leer en tus ojos negros

el amor, no sé llorar

mas que a tus pies en secreto.

¿Para qué ir al salón?
310

¿Qué vamos a hacer adentro?

CONDESA
Nada, tan solo casarnos.

BELTON

Aquí podemos hacerlo.

Pero ¿es verdad? ¿No me engañas?

Mira, aquí a la faz del cielo
315

nos juraremos amor.

Qué ¿no te gusta este templo?

Tu salón no es tan hermoso.

Antorchas, sofás, espejos...

¡Ah! No, la luna es más bella.
320

Vale más que nos casemos

aquí mismo. ¿Qué testigo

tendremos mejor que el cielo?

Tierna amante.

CONDESA

Nos esperan

en el salón, no hay remedio.
325

¿Qué dirán?... Vamos, mi vida,

dame ese gusto. Primero

entraré yo, pero sola;

y tú vendrás solo luego.

¿Me concedes esta gracia?
330

BELTON

¡Oh! Todo te lo concedo.

Allá voy... vete, Adelina.

CONDESA

Mira, Belton, que te espero.

Escena III

BELTON, CLAUDIA.

BELTON

¡Qué voz! ¡Qué voz! La muerte me anunciaran

con esta voz que me juró carino,
335

con esta voz que preguntó: ¿me adoras?

Y al puñal presentara el pecho mío

con júbilo y delirio, y sin embargo

tiemblo como si fuera un asesino,

y una voz con misterio me repite
340

que entre mí y esa casa hay un abismo.

¡Un abismo!... Imposible... Sólo hay flores,

y hoy sobre todo que el amor me ha oído,

y con su antorcha quiere conducirme

de su altar a las gradas, no hay peligro
345

para mí ¡Cuántos años por la tierra,

sin patria como el mísero judío,

sin miedo caminé! La noche, el día,

todo era igual, nunca perdí el camino;

y por fin llegué al puerto deseado,
350

a los pies de Adelina que me ha visto

temblar como la caña del estanque,

y con su voz de amor me ha defendido...

¡Oh! Cuál mi mente el tiempo me recuerda

en que vagando solo, sin camino,
355

de mi pecho llevé por todas partes

el deseo de amar, de ser amigo,

esposo, padre, amante... y de ser útil...

Y encontrar quien me diese su cariño,

quien al verme exhalara por sus ojos
360

rayos de amor... Al fin ya lo consigo.

¡Ah Dios! Bendito seas, me escuchaste...

¡Escucha así los ruegos de mi hijo!

CLAUDIA

¡De su hijo!... Señor... ¿Es usted padre?

BELTON

¡Ah! Claudio, lo seré si no lo he sido.
365

CLAUDIA

¡Feliz madre, dichosa la que puede

sin rubor pronunciar: es hijo mío;

mira a su padre, es bello, es adorado,

me ama con amor puro, es mi marido!

BELTON

Así dirá Adelina muy en breve;
370

y cuando me haga padre, ¡qué delirio!

El fruto de mi amor, yo lo jurara,

será, ya lo verás, bello, divino,

lo mismo que tu hermano... ¿No es precioso?

CLAUDIA

¿Quién? ¿Benjamín? ¿No es cierto que es muy lindo?

375

Que se parece a usted... digo, a su padre...

Usted no le conoce... (Aparte.) ¡Dios! ¿Qué he dicho?

BELTON

Hace poco que al lado de Adelina

sentado estaba yo, y adormecido

estaba Benjamín en nuestros brazos.

380

Yo no puedo decir lo que he creído;

Adelina mi amante era mi esposa,

y el sueño que me halaga tanto tiempo

realizado lo vi... Claudio, es preciso

que me vaya al salón... quizá me esperan.
385

CLAUDIA

Tengo que hablar a usted... Señor, he visto...

BELTON

¿Qué es lo que viste?

CLAUDIA

¡Yo!... Señor... yo... nada.

BELTON

¿Qué es lo que dices?... Yo no te concibo.

CLAUDIA

¡Ah! Si pudiera hablar.

BELTON

Habla sin miedo.

CLAUDIA

Temo ofender.

BELTON

Hoy todo lo permito.

390

CLAUDIA

Pues lo diré, señor, aunque temblando.

El albergue del pobre es el asilo

de la virtud. El lujo y la opulencia

tras sí llevan el crimen y el fastidio.

BELTON

Hay excepciones.

CLAUDIA

No, señor, ninguna.

395

Jamás en un estado distinguido

se puede hallar una mujer sencilla,

tierna, capaz de amar... todos son vicios.

BELTON
¡Claudio!

CLAUDIA
No, es imposible, estoy seguro.

Para amar es preciso haber nacido
400

en una clase media, ser criada

en el trabajo. ¡Ay! Esto no es lo mismo

que vivir rodeada de placeres,

que escuchar sin cesar la voz del vicio

que, fingiendo vencer la vil rutina,
405

abre del negro crimen el camino.

Disipación no más, orgullo solo,

indiferencia al fin, amor fingido,

esto es cuanto se encuentra en los salones.

Usted mismo, señor, usted lo ha dicho.
410

El seductor lenguaje, los adornos,

y nada más a veces que un capricho

enamoran a un hombre; esas señoras

se rinden... y se ofrece por marido

el hombre apasionado... al fin ¿qué encuentra?
415

Una mente exaltada, un pecho frío.

BELTON

¡Qué torrente! ¡Qué fuego!

CLAUDIA

Y al contrario

la que todo lo debe a su marido,

que ve en él protector, esposo, amante,

¡con qué amor le venera tan sencillo!
420

¡Cómo dél hasta el sueño le es sagrado!

Si él lo dijo no más, todo es divino;

y la paz, la amistad, la confianza

hallan en los dos pechos dulce asilo.

¡Ah! Señor, usted es digno de gozarlo.
425

BELTON

Si hasta el fin te he escuchado, solo ha sido

en favor de tu audacia inesperada;

mas, Claudio, por tu bien hoy te lo digo,

no te atrevas jamás en mi presencia

a hablar en ese tono... Sé testigo
430

de mis acciones todas... En silencio

respeto en mí, lo entiendes, mis caprichos.

CLAUDIA

Perdón, señor... Quisiera todavía...

Un instante, señor... No he concluido.

Escena IV

CLAUDIA sola.

CLAUDIA

No me escucha el ingrato... No me escucha,
435

así debí, yo hacer cuando me dijo

y me juró postrado que me amaba.

El monstruo consumado está en el vicio,

en la negra maldad... Y sin embargo

aun gozo al recordar lo que le he oído,
440

lo que lleno de llanto en mi presencia

se atrevió a pronunciar... Era preciso

ser mujer como yo para entenderlo.

¡Qué candor! ¡Qué inocencia! El pecho mío

salírseme quería y arrancarle
445

las palabras que el aire ha destruido.

Cuánto sufrí entre tanto que él llorando

hablaba... a esa mujer... de su cariño,

a esa mujer que apenas le entendía,

a esa mujer... Dios mío, ¡qué martirio!
450

¡Si me amara a mí así! Pero es inútil,

solo dolor me decretó el destino.

Escena V

AMBROSIO, CLAUDIA.

AMBROSIO
Claudia imprudente, ¿qué hicimos?

¿Has hablado a la Condesa?

CLAUDIA

¿Yo? ¿Para qué? Si no tengo

455

nada que decirle. -¡Hay tema!

Todo es para Belton, todo,

amistad, amor, franqueza,

y odio para mi rival.

AMBROSIO

¡Ay hija mía! Modera

460

tu cólera, ¡qué... no sabes!

Tu rival... Dime ¿no aciertas?

Tu rival...

CLAUDIA

¿Es ya su esposa?

Compasión, por Dios... mis fuerzas

me abandonan.

AMBROSIO

No, no es eso.

465

CLAUDIA

¿No se han casado? ¡Y qué fuera

de mí si lo hubiesen hecho!

¡Ay! Ya respiro... Estoy cierta

que Belton no puede amar

a una mujer tan coqueta

470

como Adelina; no puede

jamás casarse con ella,

es imposible... Él me ama

sin saberlo... ¡Oh! Yo quisiera

que conociese mi sexo.
475

AMBROSIO
Ya lo sabe la Condesa.

CLAUDIA
Y esa mujer ¿qué me importa?

Nada de ella me interesa.

Su odio, su amor, su desprecio

todo me es igual. Que muera
480

o viva, triste o dichosa,

de andrajos llena o de perlas,

poco me importa.

AMBROSIO

Hija mía,

escúchame: di, ¿deseas

vivir feliz en el mundo?
485

CLAUDIA

¡Feliz! Que Belton lo sea,

y lo seré yo también.

AMBROSIO

Pues mira, quien te aconseja

te ama lo mismo que a Belton.

Si quieres que no se pierda
490

la paz de Belton, la tuya,

la de tu hijo, te queda

un solo remedio... Huye,

solo el oprobio te espera

en esta casa... Tu hijo
495

ha dado a todos sospechas.

La Condesa ya sabía

tu nombre, y con su viveza

ha descubierto al momento

lo que tanto le interesa.
500

Belton aun no sabe nada.

Vete; mira, la Condesa

te busca por todas partes,

y vendrá pronto.

CLAUDIA

Que venga;

aquí la espero, y en paz.
505

AMBROSIO

Te hará cubrir de vergüenza.

CLAUDIA

¿Por qué? ¿Porque me engañaron?

¿Porque ella es quien se aprovecha

del amor que me es debido?

¿Porque soy sola en la tierra?
510

¿Porque soy pobre y sin nombre?

¿Porque sé amar?... ¡Ah! Que venga,

que venga, yo no la temo.

AMBROSIO

Un anciano te lo ruega

en el nombre de tu padre.
515

No te expongas... ¡ah! Quisiera

ocultártelo no puedo;

te echarán de aquí por fuerza.

CLAUDIA
¿Quién? ¿Belton?

AMBROSIO
No, mas su esposa,

y hasta que tú estés ya fuera
520

tu Belton no sabrá nada.

CLAUDIA
Yo se lo diré... De veras

tendrá él que defenderme.

¿Será tan vil la Condesa?

Poco me importa; mi Belton
525

está allá...

AMBROSIO
¿Qué es lo que piensas?

CLAUDIA
Que pronto seré feliz;

que mañana viva o muerta

estaré en paz... Largos años

he vagado por la tierra
530

sin consuelo ni esperanza,

y entonces tuve paciencia,

y sufrí, porque sabía

que una suerte lisonjera

me esperaba... Hoy es el día
535

que concluyo mi carrera

de trabajos... Sí, lo juro...

Esta existencia me pesa:

o soy feliz hoy, o muero.

AMBROSIO
Pobre muchacha, tus penas
540

te ocultan la realidad.

Porque, en fin, ¿qué es lo que esperas?

CLAUDIA

¿Qué, espero?... ¿Usted me pregunta

qué es lo que espero?... Que venga

a pedirme aquí perdón,
545

a unirse en unión eterna

conmigo... Espero que vuelva

a amarme a mí sin rival;

espero que se arrepienta.

Esto es fácil, ¿no es verdad?
550

AMBROSIO

Imposible, su conciencia

no le remuerde.

CLAUDIA

Es mentira.

Belton de todo se acuerda.

AMBROSIO

Su corazón es de mármol.

CLAUDIA

Es mentira, y aunque fuese...

555

Pero no, si yo le visto

llorar... Mas si en mi presencia

se ha enternecido hace un rato.

Aquí estaba yo... ¿Hay quien crea,

al solo mirar su rostro,

560

que es insensible?... ¡Anatema

si lo fuese a mi cariño!

Todo esto es una quimera;

Belton me ama, no hay remedio.

¿Quién lo duda?

AMBROSIO

La Condesa.

565

Escena VI

LOS MISMOS, LA CONDESA.

CONDESA.

Ambrosio, déjanos solos.

(A CLAUDIA.)

Dígame usted, jovencito,

¿hay algo escrito en mi frente

que diga que yo he nacido

para vivir engañada,
570

sin conocer que lo he sido,

sin vengarme de una injuria?

CLAUDIA

¿Y en la mía hay algo escrito

que me pinte sin honor,

incapaz de hacer lo mismo
575

que una señora ultrajada,

y que sufriré un martirio

lento, y todo sin quejarme;

que veré, mero testigo,

sellar mi infamia, mi muerte,
580

sin gritar «mira que aun vivo»,

sin detener con mi mano

el puñal del asesino...

¿No es cierto?...

CONDESA

Quien se avasalla

a un hombre desconocido,
585

quien comete una bajeza

por engrandecerse... es digno

de su suerte.

CLAUDIA

Y la que inicua

corrompe a un hombre sencillo,

aparenta amor y miente,
590

es digna de buen destino,

¿No es verdad?

CONDESA

¿Así me insultas?

Muchacha, ya te lo he dicho,

no aguanto de nadie ultrajes.

Tu sexo me es conocido;
595

tus proyectos ¿cuáles son?

CLAUDIA

Unirme al padre de mi hijo.

CONDESA

Belton ya no piensa en ti;

va a ser mi esposo... Es preciso

que te ausentes al instante
600

sin verlo... ¿Ves mi bolsillo?

Tómalo, vete al momento;

sé dichosa tú y tu hijo.

CLAUDIA

(Arroja con desprecio al suelo el bolsillo que toma de la CONDESA.)

La inocencia no se compra;

yo de nada necesito
605

sino del pecho de Belton.

CONDESA

Imprudente, ya te he dicho

que es necesario te ausentes;

si no te vas ahora mismo

mis criados te harán ir.
610

CLAUDIA
¿Dónde está Belton, mi hijo?

CONDESA
Para ti Belton no vive.

Tu hijo aquí está... (Llama.) ¿Domingo?

(Sale un CRIADO con BENJAMÍN por la mano.)

CLAUDIA
Ven a llorar, Benjamín;

¡Ah! Ven a llorar conmigo.
615

Esta mujer nos desprecia.

¿Y tu padre? ¿No le has visto?

¿Qué te dijo, vida mía?

¿No fue él quien te ha traído?...

Vamos a verlo... (Se dirige a la casa.)

CONDESA

Si al punto

620

no te ausentas, te lo he dicho,

mis criados te echarán.

CLAUDIA

Es imposible... (Andando siempre.)

CONDESA

(Llama.) ¿Domingo?

(Los CRIADOS impiden a CLAUDIA proseguir.)

CLAUDIA

¿Dónde está Belton?... ¿Qué es esto?

Mirad que si seguís grito...

625

Dejadme ir... allá... a la casa...

Quiero entregarle su hijo...

Compasión... solo un instante...

(La echan enteramente, y ella dice con voz terrible desde la puerta.)

¡Ah, mujer! Yo te maldigo.

Acto tercero

El teatro representa un hermoso parque adornado con estatuas y bancos de piedra. En el foro la fachada de la casa de Belton, al través de cuyos cristales se ve el resplandor de un sinnúmero de luces. Es de noche; muy obscuro.

Escena I

BELTON, AMBROSIO.

Ambos salen por una puerta falsa embozados en sus capas; lleva AMBROSIO una linterna sorda, de qua BELTON se apodera cuando han llegado a la extremidad izquierda del parque.

BELTON
¿Es aquí donde me esperan?

AMBROSIO
Sí señor.

BELTON

¿Aquí? Pues vete.

AMBROSIO

Me han dicho a las doce en punto.

BELTON

¿Qué más?

AMBROSIO

Que no haya aquí gente;

que venga usted solo.

BELTON

Bueno.

5

¿Y quien te dio ese billete?

AMBROSIO

Un hombre desconocido.

BELTON

¿Y sabes lo que me quiere?

AMBROSIO

No señor.

BELTON

Déjame solo.

AMBROSIO

No, todavía no viene...

10

Señor Belton, usted tiembla.

BELTON

¿Y esto, Ambrosio, te sorprende?

Si soy hombre ¿qué he de hacer

sino temblar?... Di, ¿no sientes

alguna cosa en el pecho

15

que te agite, que te altere,

así como agita el árbol

la brisilla que precede

la tempestad?... Pues, Ambrosio,

esta señal... ¿Eres fuerte,
20

Ambrosio?... Esto es presagio

de males sin fin; ¿entiendes?

De males sin fin: ¿no tiembles

tú también?

AMBROSIO

No, todo cede

al valor; ¿por qué temblar?
25

BELTON

¡Ah! Si tú eres inocente...

Tienes razón, ya olvidaba

que la virtud siempre es fuerte,

y que a vista del sepulcro

solo el crimen se conmueve.

30

Yo tiemblo, porque allá lejos

veo a la sedienta muerte;

yo tiemblo porque mañana

sentiré sobre mi frente

su mano helada: yo tiemblo
35

porque un amor aparente

me engañó, porque he creído

ser feliz y no se puede...

Yo tiemblo porque en Saboya...

Vete, Ambrosio, vete, vete.
40

AMBROSIO
No señor, acabe usted.

BELTON
¿Y qué quieres que te cuente?

AMBROSIO
Eso de Saboya.

BELTON
Espera

un momento qué recuerde

el sueño que tuve ayer...

45

En Saboya las mujeres

son hermosas, ¿no es verdad?

Una amé yo que era ardiente,

joven, divina... No es sueño

esto, Ambrosio... ¡Ojalá fuese

50

sueño no más! Pero es cierto.

Lo que es sueño es que se muere

de dolor por mí, que me ama,

que en el mundo nada tiene

sino un hijo de mi amor.
55

Ya ves que eso solamente

es un sueño... y sin embargo

todavía me parece

que la estoy viendo llorar

con su hijo... ¡Te enterneces,
60

Ambrosio! ¿Y por qué?

AMBROSIO

Me acuerdo

de Claudio.

BELTON

¡Qué aún no parece!

(Una ventana se abre poco a poco.)

¿Qué es esto? Déjame, Ambrosio...

¿Quién abre?... Va a conocerme;

es la Condesa... ¡Ah! Me ha visto.
65

Veamos qué se le ofrece.

Escena II

BELTON, LA CONDESA.

CONDESA
(En el balcón.)

No tengas miedo, Marqués,

todo el mundo se divierte;

acércate a la ventana.

Vida mía, Belton duerme;
70

puedes hablarme sin miedo.

Yo adivino lo que temes...

¿Que te oigan en el salón?

Toma este papel... ¿Lo tienes?

BELTON

Sí.

CONDESA

En él hallarás, mi amado,
75

cuánto Adelina te quiere.

(Se cierra el balcón.)

Escena III

BELTON solo.

BELTON

No hay virtud en el mundo, todo es vicio,

corrupción y no más; es escusado

buscarla por más tiempo; ya no existe...

Esa virtud sublime se ha elevado

80

hasta el cielo su patria... ¡Miserable!

Pensaba que los pérfidos humanos

de tigres se cambiasen en corderos;

y para mí no más... ¡He sido un fatuo!

La virtud en el día es solo un nombre

85

que el poeta hermosea; se ha acabado

el tiempo del honor y la inocencia;

ese tiempo le vieron los ancianos

que la edad hoy inclina hacia la tierra,

y que injustos a veces despreciamos,
90

cuando viendo del crimen los progresos

nos pintan irritados lo pasado;

ese tiempo lo sueñan los poetas,

pero no existe ya... ¿Por qué buscarlo?

Yo debía saber que el universo
95

se compone no más que de malvados.

¡Adelina es perjura! ¡Este billete!

¡En dos meses!... ¡La pérfida!... Leamos.

«Marqués, espérame media hora no más. Voy a procurar desaparecer del salón para ir a jurarte cuanto te amo.»

¿Quién es ese Marqués? Algún perverso

de esos que se complacen en ser malos,
100

corruptor... mi mujer no necesita

para amar que la ligen por las manos,

que se sirvan del habla seductora,

que pasen suspirando muchos años,

que den pruebas de amor y de delirio,
105

que le hablen inundado el rostro en llanto;

mi mujer nada de eso necesita:

con alabar tan solo sus encantos,

con ocuparse solo en sus placeres,

con eso nada más es uno amado.
110

Amor de las mujeres, me engañaste,

solo eres un demonio disfrazado,

y yo te creí un ángel de consuelo,

bálsamo en el dolor de los humanos:

yo creí que tu beso solamente
115

en buenos convertía los malvados;

y yo que fui feliz cuando no amaba,

amé y al punto fui desencantado.

¡Ah! Ya acierto, ya acierto, soy culpable;

yo juré y no cumplí; ¿por qué me extraño
120

que, siguiendo mi ejemplo vergonzoso,

hoy no cumplan la fe que me juraron?

¿Por qué? Porque yo al menos ante el ara

no juré amor eterno; y si fui falso,

ni sacrílego he sido, ni perjuro;
125

pero juré ante el cielo, y he engañado

a esa pobre doncella saboyana.

¿No es verdad que es un crimen? ¡Ay! En vano

a mí mismo ocultármelo quisiera.

Mi mujer solamente me ha imitado.
130

Mas... ¡Dos meses después del casamiento!

¡Engañarme tan pronto... y con su mano

escribir la ignominia de su esposo!

¡Maldición! ¡Si pudiera aun dudar!

(Se sienta en un banco.)

¡Oh, cuál el pecho mío se complace
135

en el negro dolor que es mi tirano!

¡Cuál gozo al ver que nadie me interrumpe

en mi penar! Sentado en este banco,

las tinieblas tan solo me circundan...

Solo estoy. Nadie viene con su mano
140

a secar de mis pálidas mejillas

la lágrima que anuncia mi quebranto.

¡Oh! Nadie, nadie; así empecé la vida,

quizás así voy a acabar mis años;

sin ser feliz ni un día, ni una hora,
145

sin gozar... pero al menos me complazco

en ver que ese silencio tenebroso

respete mi dolor... «Nunca fui amado.»

Así mismo me dijo ese mancebo

hace hoy solo dos meses... ¡Pobre Claudio!
150

Yo puedo decir hoy como tú has dicho,

y con verdad... ¡Ah, no, nunca fui amado!

Escena IV

LA CONDESA, BELTON.

La CONDESA sale con mucho misterio; BELTON desfigura la voz y habla muy bajo durante toda la escena.

CONDESA
¿Me esperas, vida mía?

BELTON

Sí, te espero.

CONDESA

Y llenó de temores e impaciencia,

¿No es verdad? ¡Ah! Perdóname, no pudo
155

venir antes a verte tu Condesa,

tu Adelina, la amiga de tu pecho,

la que su vida misma por ti diera,

la que tiene tu amor... ¿Por qué sollozas?

Amado Antonio mío, ¿no soy tierna,
160

hermosa y celebrada? ¿No te adoro?

¿Qué quieres? ¿Qué te falta? ¿Qué deseas?

Dímelo pronto.

BELTON

¿Me amas, Adelina?

CONDESA

¿Y de ello no te estoy dando una prueba?

BELTON

¡Pobre Belton!

CONDESA

¡Qué triste es tu lenguaje!

165

¡Qué voz ronca! ¿Por qué tanta tristeza?

¡Qué dolor está envuelto en tus palabras!

Si yo te despreciara, di, ¿podieras

hablarme con acento más doliente?

Antonio, sé feliz; ¿por qué recuerdas

170

a Belton, que no amé más que un instante?

Cometí, no lo ignoro, la imprudencia

de unirme a él; mas si le di mi mano

por compasión fue solo... ¿Lo repruebas?

Hice mal, puede ser; pero ¡ay! Entonces
175

tú no estabas aquí, que si te viera

no tendría valor para no amarte.

Ángel mío, mi Antonio, tú te alejas,

cual si mi aliento el aire emponzoñara;

me huyes, ¿por qué? Qué ¿te amedrentan
180

las cadenas de hierro que me ligan?

Dime que me amas, eso me consuela;

eso tan solo basta a consolarme...

¿Me amas, Antonio?...

BELTON

Sí.

CONDESA

¡Ah, si te viera!

¿Estás malo? ¿Qué tienes? Ni te atreves
185

tan solo a hablar, ni a resollar siquiera.

¡Cómo deseo verte! Me parece

que en tu rostro se lee la tristeza.

¿No es verdad que mi vista te sanara?

¡Oh, si en mis negros ojos tú leyeras
190

el amor que te tengo! Vida mía,

inclina sobre el hombro tu cabeza.

Así... ¿estás bien? Descansa.

BELTON

¡Ah si pudiese!

Esta será quizás la vez postrera

que reposo en tu seno.

CONDESA

¿Qué? ¿Qué dices?

195

¿Cuáles son tus tormentos y tus penas?

Cuéntame todo, cuéntamelo, quiero

contigo padecer.

BELTON

¡Oh si me vieras!

¡Cuál sufrieses al ver mi rostro negro,

arrugado, y mis ojos de centellas!

200

CONDESA

¡El pelo se me eriza! ¡Ah si te viese!

BELTON

Adelina, ¿de veras lo deseas?

CONDESA
¡Oh, sí!

BELTON
Te haré temblar.

CONDESA
No importa.

BELTON
Estoy desconocido.

CONDESA
Yo te viera

entre miles y miles de mortales,
205

y te conocería...

BELTON
Al fin deseas

ver mi rostro, ¿no es cierto?

CONDESA
¡Oh! Sí, mi vida.

BELTON

(Tomando la linterna y acercándosela al rostro.)

Pues mírala, ¿te gusta mi presencia?

(La CONDESA da un grito y huye.)

Escena V

BELTON solo.

BELTON

¿Por qué no la detuve y de su audacia

no le he dado el castigo? Aquí a mi vista

210

debí hacerla temblar... Bien lo merece

la que rasgó mi corazón... ¡Inicua!

No contenta con verme esclavizado,

con ver correr mi llanto noche y día,

no satisfecha aún de mis desgracias,
215

quiere darme otras nuevas. Que prosiga,

que prosiga... mi pecho aun se sostiene;

que lo agarre en sus manos homicidas,

y lo ponga en pedazos... eso falta

y nada más... Y luego que ella viva,

220

prodigando sus gracias a mil hombres,

olvidando también que ha sido mía,

olvidando que un hombre candoroso

la ha amado con ternura... Que ella viva,

y ofusque el resplandor de sus brillantes.
225

Un día llorará, cuando oprimida

del peso de los años y la infamia

no encuentre quien le haga una caricia.

Mujeres, ¡ah mujeres! Dadme oídos:

mientras sois tiernas, jóvenes, sencillas,
230

mil hombres se disputan vuestro pecho;

pero todo se acaba en esta vida,

y los años que arrugan nuestra frente

alejan el amor de nuestra vista.

¡Ah! Feliz la que escoge un hombre tierno,
235

le hace su compañero, su delicia,

su amor, su vida en fin... la vejez llega,

y él es siempre el amigo de su amiga.

De la amiga que un tiempo fue su amante,

su esposa y compañera, la que abriga
240

su cabeza en su seno en el invierno...

La que vive no más mientras él viva,

la que le da recuerdos de deleite,

la que sufrió con él cuando sufría,

la que gozó con él cuando gozaba,
245

a quien debe quizá toda su dicha.

¿Y el amante es lo mismo que el esposo?

El amante en gozando se retira;

el amante acompaña en el deleite,

y jamás en la pena. ¡Ay Adelina!
250

Muy tarde lo sabrás, pero está cierta

que lo sabrás al fin, y ya sumisa

buscarás a tu Belton que engañaste,

a Belton, que por ti diera la vida;

a Belton que estará ya en el sepulcro
255

por ti... El reloj... las doce... bien venida

seas, hora indicada con misterio...

Nadie viene... ¡Ah! Será para Adelina.

Escena VI

BELTON, CLAUDIA.

CLAUDIA
(Vestida de mujer, corriendo con BENJAMÍN en los brazos.)

Belton, espera ahí, toma tu hijo.

BELTON
¡Qué oigo! ¿Que es lo que veo? ¡Dios! ¿Qué es esto?
260

CLAUDIA
Belton, ¿no me conoces? Yo soy Claudia,

esa que tú llamaste ángel del cielo,

yo soy esa infeliz que te ha adorado,

y que te adora aún... ¡Cuánto te quiero!

¡Cómo te amo, oh mi Dios!... ¡Ah! Te perdono
265

todo el mal que me hiciste, ya te veo,

y te puedo decir cuanto te adoro.

Sí, ya puedo decírtelo, mi Belton;

no te enfades... Si adoras a Adelina,

yo sé morir amándote en silencio.
270

BELTON
¡Morir!

CLAUDIA
¡Ah! No te asombre mi lenguaje.

Esa muerte horrorosa, el feo espectro,

descarnado, que aterra con su soplo,

que convierte en ceniza... ¿Tienes miedo?

¿Por qué, Belton, por qué?... Yo te perdono;
275

esa muerte, decía, es mi consuelo.

Si mi madre infeliz volviese al mundo,

si tendiese la mano desde el cielo

para secar el lloro de su hija,

¿crees que yo mostrara más contento
280

que si viese la muerte en mi presencia

aquí mismo... a la vista... y sobre el suelo

inerte me tendiese? Di, ¿lloraras

si me vieras morir? Dímelo al menos,

dímelo por piedad... ¡Ah, si supieses
285

cuanto bien esto hiciera al pobre pecho

que se dio a ti, lo mismo que al demonio

el impío se entrega en alma y cuerpo;

que se nutrió tan solo con tu imagen,

que te adoró y adora!... ¡Pobre Belton!
290

Dime, ¿Adelina te ama con más fuerza?

BELTON
¡Adelina! ¡Qué dices!

CLAUDIA
¡Ah! Te ofendo

al pronunciar el nombre de tu amante,

de tu esposa, yo pobre, que no tengo

más nombre que uno infame. A Dios, perdona,
295

ve al hijo de tu amor... Ahí te lo dejo,

a Dios... ¡Ah, sé feliz!...

BELTON
Espera, espera.

¿Adónde vas? ¿Qué dices? No te entiendo.

Déjame descansar, deja que piense...

Deja que lllore al menos un momento;
300

Claudia, siéntate aquí... Dime, ¿qué quieres?

CLAUDIA

¿Yo? Que seas feliz, solo eso quiero;

que ames a Benjamín... Es nuestro hijo,

es hijo de los dos; te lo recuerdo

para que lo ames siempre; no lo olvides.
305

Y si algún día alivia tus tormentos,

si ese pobre muchacho te interesa,

¡ah!, si te hace dichoso, da un recuerdo

a su madre infeliz que tanto te ama;

un recuerdo no más, nada más quiero...
310

Una lágrima sola fuera mucho

para mí desgraciada... En otro tiempo

más te hubiera pedido; hoy Adelina

solo pedirte puede, yo no puedo...

A Dios, Belton, a Dios.

BELTON

Claudia, mi Claudia,

315

ángel de la inocencia, rasga el velo

que cubría mi error... dame los brazos...

Yo te adoro, mi Claudia.

CLAUDIA

¿Será cierto?...

Pero no, tú te engañas, has pensado

que yo soy Adelina; ya lo veo.

320

Mírame bien, soy Claudia, esa muchacha

sin nombre ni familia; ve mi pelo,

¿conoces su color?... No tengo nada,

ni nada hay para mí en el universo.

BELTON

Sino el padre de tu hijo.

CLAUDIA

¡Dulce nombre!

325

Tú eres quien lo pronuncias; ¡buen agüero!

¡Buen agüero! Quizá baje al sepulcro

dichosa, porque al fin ¿qué es lo que quiero?

Que tú, Belton amado, me consueles,

y me digas no más: «Yo te respeto,

330

porque viendote sola, en la miseria,

con un hijo desnudo y medio hambriento,

no fuiste vil y baja como muchas;

porque no te valiste de un pretexto

para besar los pies de un poderoso,
335

y mostrar la belleza de tu pecho...»

En fin, Belton, deseo solamente

que al morir me repitas: «Yo te aprecio.»

BELTON

¿Y si te digo, Claudia, que en mi vida

solo he amado una vez, que bajo el cielo
340

para mí no ha nacido más que un ente,

y que no amo, ni, quiero, ni deseo,

ni he adorado jamás sobre la tierra,

ni adoraré jamás algún objeto,

sino tú, vida mía, ángel celeste,
345

mi paz y mi delicia y mi consuelo,

solo ser inocente de la tierra,

podrás, Claudia, creerme?

CLAUDIA

¡Oh! Sí te creo.

Yo lo decía bien, es imposible,

ese Belton tan cándido y tan tierno,
350

tan noble en su querer, tan pensativo,

no puede amar, al menos con exceso,

un pecho sin candor, tan vacilante

cual las olas de un río turbulento,

que no tiene más Dios que los placeres,
355

y que ama nada más que por convenio,

no puede amar a una mujer hermosa

solo porque es hermosa... Que el afecto,

el verdadero afecto necesita

para poder vivir otro alimento.
360

La hermosura es ajada en solo un día,

las gracias se entristecen con el tiempo,

el tono cansa al fin, y hasta se apagan

los ojos que hoy despiden solo fuego...

¿Qué queda al largo trecho de los años?
365

El corazón que nunca será viejo;

eso Belton tan solo necesita

si ha de vivir feliz fuera del cielo,

y Adelina....

BELTON

No nombres a ese monstruo.

CLAUDIA

¿Por qué?

BELTON

Porque es justicia, la aborrezco.

370

CLAUDIA

Dime, dime, ¿es infiel?... Acaba pronto...

BELTON

Tu palabra es mejor que el juramento

de Adelina... Mi esposa no me ama.

CLAUDIA

¿Y por eso me vuelves hoy tu pecho?

¿Y quizás por vengarte solamente

375

hoy me vuelves a amar? Déjame, Belton,

deja que muera en paz; soy más dichosa

sabiendo que no me amas, que si creo

que por piedad tan solo me consuelas.

Porque si finges, mira, tus esfuerzos,
380

tu compasión, tus penas, todo, todo,

todo me hará sufrir nuevos tormentos;

únelos a los míos; ¿hay quien pueda

resistir tal martirio?... Sola al menos

moriré con dolor como he vivido,
385

mas resignada... Ah ¿lloras? ¡Pobre Belton!

BELTON

Ámame, y ni soy pobre ni infelice,

ni lloraré ya más que de contento,

de júbilo a tu lado. Claudia, Claudia,

mi mano es de Adelina, no mi pecho;
390

este es tuyo, mi bien; tú eres mi esposa.

Dime, Claudia, otra vez que el caro afecto

es para Belton solo.

CLAUDIA

Noche y día

te lo dijera yo, que el tierno pecho

lo reputara poco.

BELTON

Mira, Claudia,

395

¿qué hay para entrambos dos sobre este suelo?

Para mí el pecho tuyo solamente,

para ti solo el mío; y cual consuelo,

si alguna vez los males nos aquejan,

este niño infeliz que tanto tiempo

400

hizo brotar tus lágrimas, ya alegres

nos verá sonreírnos a sus juegos.

Pues... el cielo me inspira... Vamos, Claudia,

huyamos de este sitio que aborrezco,

vamos a ser felices.

CLAUDIA

¿Qué pronuncias?

405

¡Felices si dejamos el sendero

de la augusta virtud! Es imposible.

BELTON

Imposible... Yo soy quien te lo ruego.

Huyamos de este sitio de desgracias,

huyamos, cara esposa.

CLAUDIA

No, no puedo.

410

BELTON

(Tomando con ternura a BENJAMÍN en sus brazos.)

Hijo del infortunio, no me escuchan,

y me juran amor y amor eterno.

Llora cual yo, infeliz; riega las plantas

de tu mísera madre... Huyamos presto.

CLAUDIA

(Dejándose caer sobre un banco de piedra.)

Belton, ten compasión de una infelice.

415

BELTON

Claudia, hace muchos años que padezco;

mi padre me ha dejado con fortuna,

huérfano enteramente... Fui pequeño,

y fui feliz entonces... No sufría...

Pero más tarde hallé que había un hueco
420

en mi alma, que nadie le llenaba,

y atormentado, lleno de despecho,

corrí el mundo, busqué por todas partes

quien me diese la calma y el sosiego,

quien me hiciese vivir, sino dichoso,
425

al menos no infeliz... Anduve ciego,

y nada hallé por fin... Yo me avanzaba,

y la dicha también... Al fin sediento

me entregué a los placeres, fui malvado,

engañé por gozar... Esto es lo menos;
430

tal sed me devoraba las entrañas,

que quería entregarme a otros excesos;

todo para olvidar que estaba solo...

Por gozar incendiara el universo.

Entonces te encontré, pobre muchacha
435

te vi, te hablé sin conocer tu precio,

pero te amé, te amé; no, no lo dudes;

y mil veces a mí llegara el eco

de tus plañidos lúgubres... mas, Claudia,

todavía no estaba satisfecho.

440

Seguí aún más, y encontré... ¡Quién lo creyera!

Un demonio con ojos lisonjeros

transformado en mujer encantadora;

me atrajo, me sedujo... Yo me acerco

incauto y sin temor, y soy perdido...

445

Hoy te vuelvo a encontrar, y te consuelo.

Ángel de la inocencia...

CLAUDIA

No prosigas,

no te puedo escuchar, no puedo, Belton,

un crimen me hizo madre de tu hijo,

y no quiero deber a un crimen nuevo
450

mi dicha que se cifra en tu cariño.

Para mí nada tiene el universo,

sino tú y Benjamín ...Yo le vería

reducirse a la nada en un momento,

que me echaban contigo y este niño
455

sobre la seca arena de un desierto,

que a los tres por morada nos le dieran,

y el pecho palpitara de contento;

y ni patria, ni honores, ni riquezas,

deseara en los brazos de mi dueño.
460

Sin ti no viviré; pero ¿qué importa,

si vives tú feliz?... Mucho te quiero,

pero amo más tu honor y tu ventura.

Si te hago abandonar aqueste suelo,

yo, infelice mujer, llena de infamia,
465

la sinrazón despótica al momento

dirá: «Belton merece ser odiado;

rompió los santos nudos de himeneo

por seguir a una pobre saboyana,

que logró apoderarse de su pecho.»
470

¿Y habrá quien diga entonces: «Es mentira

que Belton digno sea de desprecio?»

Si a ti te respetara la calumnia,

y sobre mí lanzase el golpe horrendo,

sobre mí nada más, yo te siguiera.

475

Que digan: «Claudia es digna de desprecio,»

se puede esto sufrir; pero que digan:

«Belton es un objeto que aborrezco,»

eso no... no se sufre... es imposible.

Hierve mi sangre... ¡Niño, dame un beso...

480

(Abraza con ternura a su hijo, y se precipita a la puerta del jardín y desaparece después de haber gritado:)

Padre de Benjamín, vive dichoso.

BELTON

¿Adónde vas?... Espera... Dame tiempo...

Niño, mi Benjamín, llama conmigo,

llama a tu triste madre. -Yo no puedo

(Mirando la casa en que entró ADELINA.)

vivir con una adúltera... -Corramos.
485

Por do quier a tu madre buscaremos;

y si hasta el fin desoye mi plegaria

a sus pies a lo menos moriremos.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

